

frase famosa de Napoleon, que llamó y mandó llamar por todo el ejército à Mas-sena, el *Hijo mimado de la Victoria*. El lago de Guardia nos repetía otra circunstancia increíble, y sin embargo, cierta de aquel memorable combate. Cincuenta hombres de la décimoctava semi-brigada hicieron mil ochocientos prisioneros. El jefe de aquellos valientes, el capitán René, refiere del modo siguiente, en una carta á su padre, este acontecimiento singular: «El 25 por la mañana, el general Monnier me preguntó si yo quería permanecer en la aldea de Guardia con cincuenta hombres, para vigilar el lago y favorecer un desembarque. Acepté. Cerca de las cuatro, en los momentos que yo visitaba una pequeña avanzada, aparecieron siete Austriacos y los hicimos prisioneros. Temiendo ser atacado, me dispongo á tomar una posición ventajosa; pero cuál fué mi sorpresa al encontrarme, á los cincuenta pasos, una columna austriaca, que no pude ver sino hasta los veinte pasos porque había que dar una vuelta! El comandante me ordena que baje las armas y me entregue prisionero.—No soy yo el prisionero sino vos. Ya he desarmado vuestra vanguardia; estais viendo una parte de ella; ¡abajo las armas! ó no hay cuartel. Mis soldados, excitados por mi ejemplo, repiten este grito.

Los prisioneros, viendo que al primer tiro ellos iban à morir, gritaban con todas sus fuerzas á sus camaradas que se rindiesen. Todo aquel alboroto aturdió al oficial enemigo; él quiere hablar y nosotros le repetimos: ¡Abajo las armas! Propone capitular. ¡No! le dije, ¡abajo las armas y prisioneros!—Pero señor, si me rindo ¿no tendré que sentir malos tratamientos? Yo le respondí que no; y dándole mi palabra de honor se quita su sombrero, se adelanta y me presenta su espada; toda su tropa baja las armas. Yo no estaba á gusto; te-

mía que se apercibiesen por fin de la poca gente que yo tenía y les mandé retroceder. Un gran número se niega à marchar; pero sentí el peligro extremo en que yo estaba cuando oí que un capitán decía: *Esperemos todavía.—¿Qué dice vd., señor?* le dije con tono firme, *¿dónde está, pues, el honor? ¿No estais prisionero? ¿no me habeis rendido las armas? ¿no tengo vuestra palabra? Sois oficial y cuento con vuestra lealtad; en prueba de ello os devuelvo vuestra espada y hacéd marchar vuestra tropa, sin que me vea obligado á hacer obrar contra vos la columna de seis mil hombres que me sigue.* La palabra honor, y sobre todo, sin duda, aquella columna imaginaria le decidieron; y llegamos al campo sin tener un encuentro molesto. 1

Rivoli ha visto à dos grandes potencias disputarse con encarnizamiento una victoria cuyo precio debían ser algunas ciudades y algunas provincias. Ahora, llegamos à un nuevo campo de batalla, célebre de muy diverso modo. Aquí se encontraron los dos soberanos del mundo, la civilización y la barbarie, la primera personificada en San Leon, la segunda en Attila. Por una parte, el Pontífice armado con la Cruz y seguido de algunos sacerdotes; por la otra, el guerrero feroz, el terror del universo, el azote de Dios, cubierto con su temible armadura y rodeado de sus hordas de salvajes; el porvenir será el precio del vencedor. Esto pasaba á la orilla del lago de Guardia, en las riberas del Mincio, en el lugar mismo en que estamos cerca de la ciudad de Peschiera, mil veces atravesada por los viajeros, sin que ninguno se haya dignado recordar el acontecimiento inmenso de que ella fué teatro.

En la primavera del año 452, Aquilea, Milan, todas las ciudades de la alta Italia caían con un horrible estrépito bajo los golpes opresores de los bárbaros; el es-

1 25 nivoso (14 de Enero de 1797).

truendo de su caída turbaba los consejos de los emperadores romanos, y sus legiones espantadas no osaban sostener ya la mirada del feroz vencedor. El torrente devastador se precipitaba sobre Roma con una rapidez siempre creciente. San Leon encuentra en su fe el valor para oponerle un dique. Parte; Roma le acompaña con sus oraciones; el 11 de Junio de 452 llega al campo de Attila. En presencia del Papa, el bárbaro se queda inmóvil, mudo, y no encuentra palabras más que para decir á sus oficiales que ha visto de pié, al lado del Pontífice, á otro Pontífice lleno de majestad, que le amenazaba de muerte si no obedecía á Leon. Y Attila, espantado, mandó tocar retirada. Roma se ha salvado; la civilización cristiana ha alcanzado un triunfo más glorioso que sus victorias del anfiteatro. 1 Tal fué desde el origen el papel de la Iglesia, de los Papas, de los santos. Como Apóstoles de la civilización y protectores de la libertad humana, defienden una y otra contra sus más fieros enemigos, y nunca los derechos más sagrados de la sociedad han encontrado campeones ni más intrépidos, ni más perseverantes. La Italia está llena de recuerdos semejantes.

Antes de ser noche atravesamos á *Desenzano*, gran aldea conocida de los turistas por la excelencia de sus vinos, y del viajero católico por la santa ilustre de quien fué cuna. La bienaventurada Angela Merici, fundadora de las Ursulinas, merece el reconocimiento de los siglos.

La humilde niña nacida en 1506 ve hoy á su familia extendida en todas las naciones del antiguo y del nuevo mundo. La sociedad le debe millones de esposas virtuosas y la Iglesia millones de vírgenes, su gloria y su corona.

El esplendor de los reverberos iluminó nuestro paso à Brescia; mas la antigua

1 Bar., an. 452, t. V. p. 135, n. 3, 4, 5.

Brixia no estaba aún dormida. Una multitud de paseantes surcaba sus calles y sus plazas; los fieles salían de las iglesias en donde se acababan de cantar las graciosas letanías de la Madona. Brixia, auxiliar de Vespasiano en su guerra contra Vitelio, vió levantarse en su recinto un templo dedicado al vencedor. Este antiguo monumento descubierto hace algunos años, basta casi por sí solo para poblar el museo público. Ha dado entre otras la famosa estatua de bronce de la *Victoria* ó de la *Fama*, una de las más bellas que se conocen. Las inscripciones antiguas son muy numerosas en Brescia, que es despues de Roma la ciudad de las bellas fuentes, de las cuales se cuentan más de quinientas públicas ó particulares. La antigua catedral *Duomo Vecchio*, edificio lombardo del siglo sétimo, contiene dos reliquias de gran precio. La primera es una cruz que la tradición dice ser contemporánea de la que se apareció á Constantino y cuyas proporciones reproduce. La segunda es el oriflama que Alberto, obispo de Brescia, plantó con su mano en los muros de Damietta en la cruzada de 1221. Las otras iglesias de Brescia las poseen aun más ricas; tales como los cuerpos sagrados de veintidos obispos, los padres y los bienhechores de la ciudad, puestos en el número de los santos; Afra, noble heroína que sufrió bajo Adriano; los ilustres hermanos Faustino y Jovita, igualmente honrados con la palma del martirio bajo Adriano, así como el hijo espiritual de ambos, Calocero; en fin, Clateo, uno de aquellos numerosos obispos misioneros enviados á la conquista de Italia por San Pedro y cuya sangre, vertida por Neron, cimentó los fundamentos de la iglesia naciente de Brescia.

Sería largo enumerar todas las glorias cristianas de aquella dichosa ciudad; pero hay una que no puede pasarse en silencio.

El viajero cristiano ha nombrado á San Gaudencio, el peregrino del Oriente, que recibió de manos de las propias hermanas de San Basilio una porción de las reliquias de los cuarenta mártires de Sebasta, quien las llevó á su patria en donde reciben todavía rendidos homenajes de los fieles; amigo de San Ambrosio á quien solo el temor de la excomunion fué capaz de hacerle aceptar el honor del episcopado, campeón de la fe y gloria de los doctores de su siglo. El espíritu cristiano encendido de siglo en siglo por tantos santos obispos, se ha manifestado en Brescia, como en las otras ciudades de la Italia, en obras de caridad. Citaré solamente la piadosa casa de la *Congregacion apostólica*, institucion que la Francia debe envidiar y que tiene por objeto socorrer á las familias honradas que caen en la necesidad. Seria difícil encontrar un celo más desinteresado y más activo, una caridad más delicada y más ingeniosa para socorrer sin ofender. Se debe estar ciertamente orgulloso de pertenecer á una religion que se manifiesta por semejantes instituciones.

Dejamos á Brescia sintiendo no ver los numerosos y muy notables cuadros del Ticiano, de Civerchio y del Moretto, que decoran las encantadoras iglesias de la ciudad. En la gran plaza tributamos un recuerdo á Bayardo, cuya conducta en Brescia le hace tanto honor como su valor en los campos de batalla. Si la segunda le merece el título de caballero *sin miedo*, debe á la primera el título no ménos glorioso de caballero *sin tacha*.

La cercanía de los Alpes Trentinos, que se costean desde Brescia hasta Bérghamo, habia hecho el frio muy vivo. Se cerraron cuidadosamente las portezuelas, de suerte que á través de un cuadro de la vidriera pude ver el campo que me pareció poblado y muy fértil. Lo que más noté fué el admirable sistema de riego usado en aquel

país como en el resto de la Lombardia; de él hablaré más tarde. Después de algunas horas de camino pasamos al Oglio que sale del lago de Isea y entramos á un campo maravillosamente cultivado. Sobre una graciosa cuesta rodeada á uno y otro lado por dos rios, el Brembo y el Serio, se levanta en anfiteatro la antigua Bérghamo, el *Bergonum* de los Romanos. Sus murallas, sus baluartes, sus fosos, su ciudadela que corona el Monte-Virgilio, le dan un aspecto severo y algun tanto amenazador. El interior de la ciudad ofrece un gracioso contraste y da al viajero satisfecho mil medios de modificar su primera impresion.

El edificio que se presentó desde luego á nuestras miradas fué el de la feria. Este es un vasto paralelógramo con cuatro grandes salas de cuatro ángulos, destinado á la célebre feria que hace la riqueza del país. En los lados se cuentan más de quinientas tiendas elegantes; en el centro del campo brota una soberbia fuente cuyas límpidas aguas alimentan muchos canales destinados á mantener la frescura y la limpieza. Hacia fines de Agosto el edificio se puebla, se avcina; tiendas de diversos colores se miran por todas partes; millares de extranjeros, sobre todo Suizos é Ingleses, vienen á llevar los paños de Como y las sedas de Lombardia. La feria de Bérghamo, como tantas otras, debe su origen á piadosas peregrinaciones. Ya existia en 913.

Agreguemos que las cuatro puertas de la ciudad, designadas por nombres de santos; las numerosas iglesias, los conventos y las instituciones de caridad atestiguan elocuentemente el paso y el imperio del espíritu cristiano. ¡Cosa notable! Las ciudades de Occidente que han recibido la fe desde los tiempos apostólicos y que han sido regadas con la sangre de los mártires, conservan más abundantemente la

savia primitiva. La bella iglesia de San Alejandro que aparecia á nuestras miradas, nos recordaba que bajo este aspecto Bérghamo no es ménos feliz que las otras ciudades de la Italia. Alejandro, soldado de la legion tebana, habia precedido á sus gloriosos compañeros en el camino del martirio. Bérghamo fué el lugar de su triunfo, y Bérghamo ha llegado á ser la ciudad que él protege todavía con sus oraciones y que enriquece con la presencia de su cuerpo sagrado. Se le venera en un magnífico sepulcro. Antes del soldado de Maximiano, una jóven vírgen habia sostenido en Bérghamo un ilustre combate. Astéria, denunciada como cristiana, llegó á verse objeto del furor infernal de Aureliano, prefecto del emperador Valeriano. *Exquisitos* suplicios, sufridos con un valor heróico, hicieron igualmente inmortales la gloria de la víctima y la crueldad del verdugo. Eusebia, digna émula de Astéria, se presenta con ella á la veneracion del viajero católico, vienen en seguida los San-Dominion y Juan, quienes por sus combates heróicos aseguraron la felicidad de la ciudad afirmando el reinado del Evangelio.

No léjos de San Alejandro se levanta otra iglesia que recuerda un nombre bendito en la historia y más glorioso para Bérghamo que los del Tasso, de Calepin ó de Colleoni; quiero hablar de Santa Grata. Esta Santa, viuda, modelo de todas las virtudes sociales y domésticas, cuya feliz influencia fué para su patria un inmenso beneficio, ve á su vez la reconocida piedad de los habitantes honrando sus virtudes en una iglesia resplandeciente de oro, de mármol y de pinturas exquisitas. Bérghamo no ha olvidado sus otras glorias. Cerca de Santa María la Mayor está el mausoleo del general Colleoni, el primero que hizo uso de la artillería de campaña y que inventó las cureñas de cañon. El

guerrero está montado en un gran caballo de madera dorada, rodeado de estatuas y de bajos relieves, obras más ó ménos perfectas, pero preciosas para la historia del arte del siglo décimoquinto. El Tasso, cuyo padre era de Bérghamo, domina la gran plaza del Palacio de Justicia; su bella estatua de mármol de Carrara da testimonio del patriotismo de los habitantes. En la iglesia de los Agustinos está el sepulcro de un hombre que hemos conocido todos en nuestra infancia. Ambrosio Calepin, el autor del famoso diccionario de siete lenguas, descansa en este lugar. ¡Que Dios dé la paz al buen religioso cuyo penoso trabajo contribuyó poderosamente al progreso de las letras en el siglo décimosexto.

Bajamos de Bérghamo y no tardamos en pasar el Adda por el puente de Vaprio, célebre por su Vírgen gigantesca, de Leonardo de Vinci. Pocas horas después entrábamos á Milan.

16 DE ABRIL.

Milán.—Reflexiones.—La catedral.—Golpe de vista general á Milán.—Visita detallada.—Sacristía de San Sático.—Imágen milagrosa de la Santísima Vírgen.—San Nazario.—Sepulcro de los Trivulce.—San Lorenzo.—Portales sobre la arquitectura.—San Alejandro.—Riquezas del altar mayor.—San Eustorgio.—Cátedra de San Pedro mártir.—Su sepulcro, sus reliquias, su historia.

El viajero que ha recorrido la Italia iluminado con la doble antorcha de la ciencia y de la fe, ha visto la historia del mundo antiguo y del mundo moderno desenvolverse á sus miradas en sus dramas más solemnes. En la Italia meridional, en Roma sobre todo, ha visto el catolicismo triunfando del paganismo y bautizan-